

Entrevista con Enrique Serna

La mala educación sentimental

Guadalupe Alonso

Enrique Serna es uno de los narradores más reconocidos de la literatura mexicana contemporánea. Ha publicado ensayo, crónica, cuento y novela, siempre con una mirada crítica y satírica. Recientemente apareció La ternura caníbal, volumen de relatos sobre el que Serna conversa con nuestra colaboradora Guadalupe Alonso y que comenta Eduardo Antonio Parra.

Comenzó a publicar en los años ochenta y a lo largo de su quehacer se le ha distinguido con diversos premios, como el Mazatlán de Literatura 2000 por la novela histórica *El seductor de la patria*, una ficción sobre el dictador mexicano Antonio López de Santa Anna; el Premio de Narrativa Colima para Obra Publicada por *Ángeles del abismo*, novela de amor entre una falsa beata y un indio, situada en el México colonial; y el Premio de Narrativa Antonin Artaud 2010 (Francia), por *La sangre erguida*, una reflexión sobre la masculinidad. En este afán por quitarle el velo y enfrentar sin miramientos los vicios de nuestra sociedad y las imposturas del *statu quo*, algunos de los libros de Serna han levantado ámpula en diversos sectores. Es el caso de las novelas *El miedo a los animales*, que retrata la corrupción tanto en la política como en el medio cultural, y *Fruta verde*, en la que a través de dos historias de amor, la de dos homosexuales

y la de una madre seducida por un adolescente, cuestiona la moral y defiende la libertad de amar.

En esta misma veta —la del escritor que provoca, se burla y pone en evidencia los vicios públicos y privados—, se sitúan los cuentos de Enrique Serna (Ciudad de México, 1959). Después de *Amores de segunda mano* y *El orgasmógrafo*, publica *La ternura caníbal*, relatos que, en su mayoría, se ocupan de las relaciones de poder en la pareja. Serna vuelve en algunos de estos cuentos a los temas que han rondado su escritura: la homosexualidad, las mafias literarias, la búsqueda delirante de reconocimiento, así como las tentaciones y vicios de los curas en la Iglesia católica, narrado en un espléndido relato fantástico, “El converso”, que tiene lugar en la provincia mexicana.

“Estos cuentos”, dice el autor, “vienen a ser como un compendio de los temas que más me han atraído y de

la manera de tratarlos. Habría que verlos como una línea de continuidad, sobre todo con los anteriores libros de cuentos que tienen el mismo espíritu y el mismo enfoque de la existencia. El primer cuento lo escribí en el 2007, fue 'La vanagloria'. Después siguieron otras historias y me di cuenta de que había una columna vertebral entre ellas: la lucha por el poder dentro de la pareja. Y por eso cuando reuní diez cuentos les puse como título *La ternura caníbal*, que alude metafóricamente a la antropofagia sentimental, al conflicto de esas parejas que creen estar entregándose abnegadamente cuando en realidad están hundiéndole los colmillos en la yugular al otro”.

¿Se podría decir que el común denominador en estos relatos es que intentan desentrañar las contradicciones que existen en el ser humano?

Es, creo, lo más interesante de la literatura. A mí me gusta hacer cuentos que tengan una pluralidad de significados, que no se puedan interpretar unívocamente, porque la riqueza de cualquier historia radica en su ambigüedad. Y cuando hay este tipo de sentimientos encontrados: amor, odio, deseo de dominación y deseo de entregarse

al mismo tiempo, es cuando se muestra la complejidad de los seres humanos en su mejor expresión.

Estas relaciones, que están cargadas de celos, culpas, rencor, las llevas hasta sus últimas consecuencias, es decir, en la mayoría de los casos culminan con la muerte.

Algunos de estos cuentos son confrontaciones de vida o muerte porque el egoísmo, cuando aparece en medio de una pareja, puede llevar las tendencias de dominio a querer suprimir al otro o por lo menos a aniquilarlo psicológicamente. Estos cuentos tienen un sentido trágico, pero al mismo tiempo hay una visión irónica de la ridiculez humana que muchas veces los convierte en tragicomedias.

En todos hay también una fuerte dosis de erotismo, uno de los temas recurrentes en tu obra.

Es una parte importantísima de la vida que ningún escritor realista puede soslayar, menos aún cuando se trata de narrar relaciones de pareja.

Entre los temas que destacan en estos cuentos está la podredumbre que permea en el mundo de la cultura —“el mundillo de la literatura”, “el mundillo de las artes plásticas”— y el de la academia. Un tema que ya habías tocado antes en El miedo a los animales, publicado en 1995 y que causó polémica en algunos círculos intelectuales.

En “La vanagloria” narro el infierno en el que puede caer un escritor, en este caso un poeta de provincia, cuando su reconocimiento depende de la aprobación de otros colegas dentro de un medio literario bastante burocratizado en el que los sellos de prestigio equivalen a las actas notariales que le dan autenticidad a un documento oficial. Y justamente el drama de este personaje es la destrucción de ese sello de prestigio. Lo que quería mostrar es el daño que puede causar la obsesión por el prestigio, estas competencias en las que un escritor se ve tentado a participar. No sólo dañan la salud mental sino la creatividad.

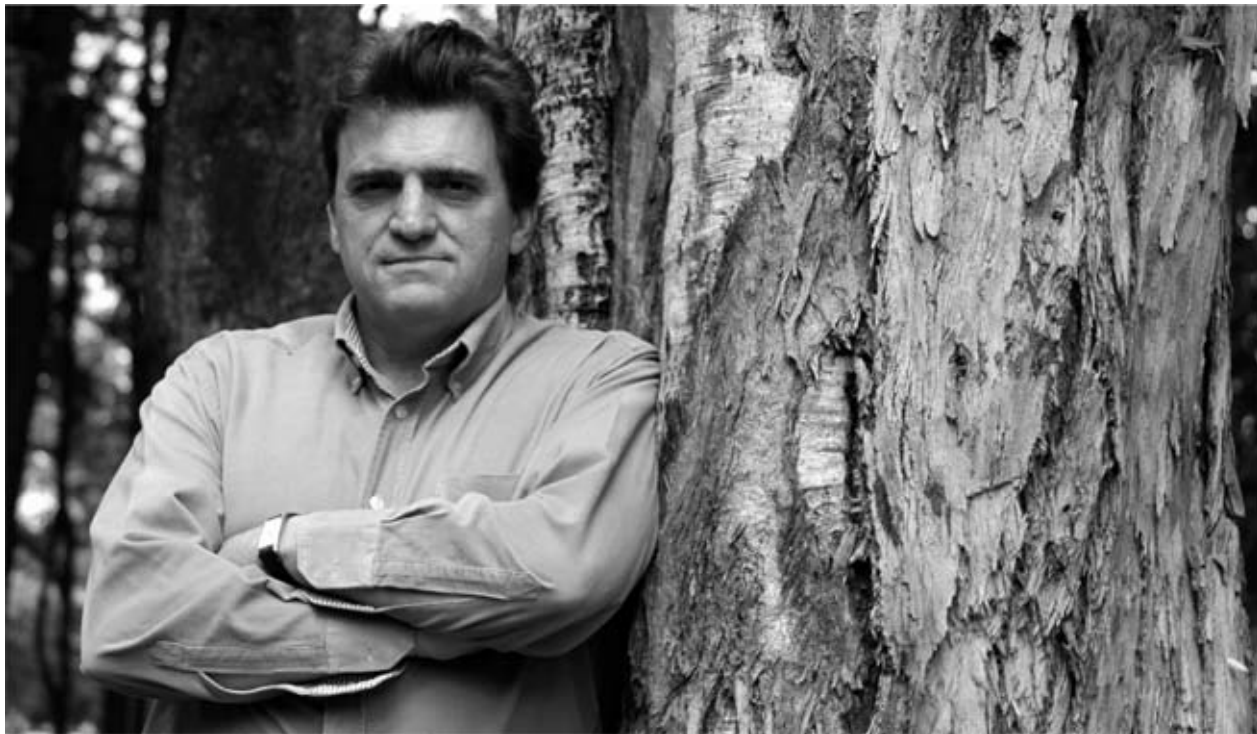
Eres un escritor que ha logrado mantenerse independiente de los grupos que marcan la pauta en este país.

Sí, porque he sido muy antisocial. En parte porque soy tímido y los tímidos a veces tendemos a ser huraños. No he tenido una relación muy estrecha con escritores aunque hay algunos a los que admiro mucho.

¿Consideras que algunos de esos grupos resultan perjudiciales para establecer un debate serio y abierto?

Me parece que lo perjudicial son las mafias que están dentro de la burocracia cultural porque alguien que crea una revista privada tiene derecho de ser tan selectivo como quiera. Y si finalmente el dueño de una de estas revistas solapa a una mafia de mediocres, se va





Enrique Serna

a perjudicar a sí mismo. Mientras que la burocracia cultural debe ser mucho más escrupulosa en ese sentido. Tiene que ser más plural y me temo que en México no ocurre así.

Si a esto añadimos la vorágine del mundo editorial, los medios de comunicación y las nuevas tecnologías, ¿en qué situación se encuentra la literatura hoy en día? ¿Se puede aún conmover al lector sin sacrificar la calidad literaria?

Creo que sí. Es indispensable tratar de conmover al lector para poder aportarle algo enriquecedor. El narrador tiene que ser un encantador de serpientes que primero atrape a sus lectores como el flautista de Hamelin que se llevaba con la flauta al cortejo de ratas.

En tu caso, ¿qué hay en la cocina de estas narraciones, cómo comienzas un cuento?

Trato de entrar lo más pronto posible en el alma de los personajes, narrar desde el fondo de su alma, aunque no esté contando en primera persona. Es indispensable que los personajes estén vivos ante el lector. Después, se va desarrollando la trama al tiempo que nos vamos adentrando en las entretelas de su alma.

El machismo está presente y se expresa de distintas formas. Hay una violencia soterrada, una necesidad de dominio, de degradar a la mujer. Los celos, la necesidad de reconocimiento, la inseguridad son detonadores de fuertes dosis de agresión.

También en el caso de algunas mujeres, diría yo. Por ejemplo, “La incondicional” es el cuento de una mujer bastante siniestra. Y también hay otro personaje en “El converso”, esta beata que tiene una frustración muy pro-

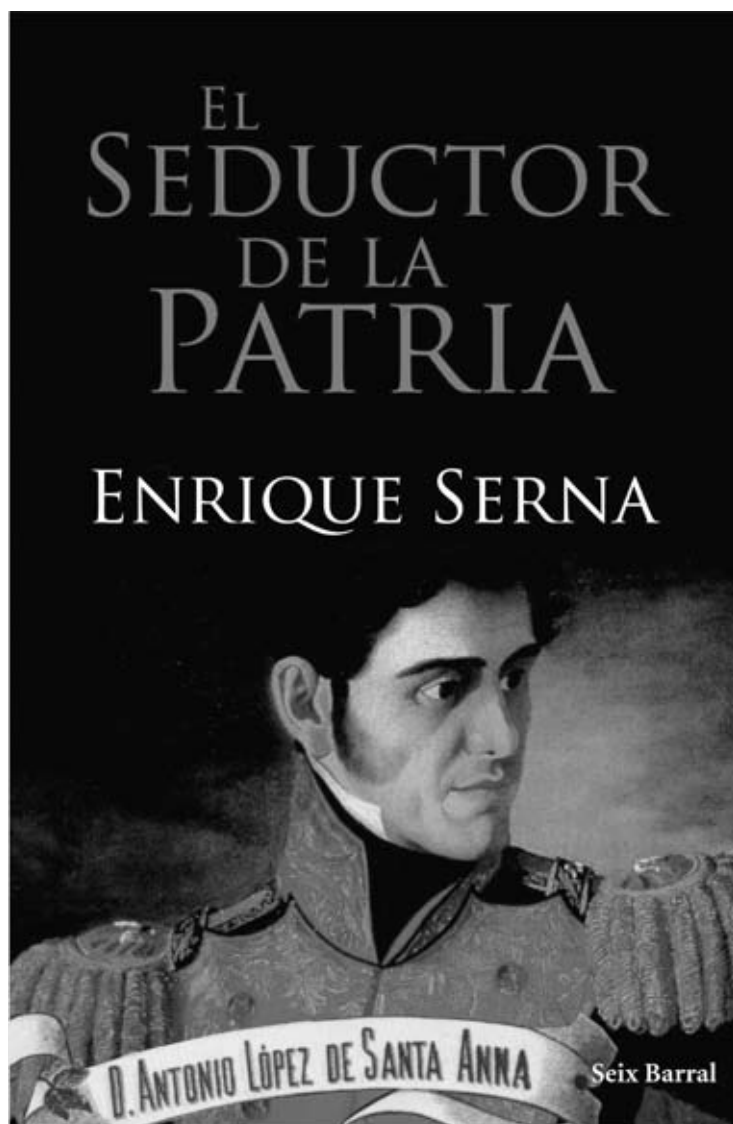
funda de tipo amoroso. No es que me quiera enseñar con uno u otro sexo —porque algunas veces me han dicho que soy misógino, en todo caso sería misántropo, tengo una visión algo pesimista del hombre—, pero no me considero un escritor satírico moralizante que condene a sus personajes desde una posición de superioridad moral. Más bien me pongo al parejo de ellos.

¿Se trata de un cuestionamiento de las relaciones de pareja y los resortes que las mueven?

Sobre todo, lo que me atraía era ver cómo se puede enmascarar la voluntad de poder dentro de la pareja. En el caso de Evelia, la protagonista de “La incondicional”, es una mujer sumisa hasta la abyección que, sin embargo, como ella misma dice en un momento del cuento, ha mandado siempre desde el suelo donde está tendida a los pies de su marido. Esto es algo bastante característico de cierto tipo de mujer mexicana, siempre de modales suaves, que parece ceder ante todo con el marido, pero en el fondo es la que lleva las riendas.

Una de las joyas de esta colección de cuentos es “El converso”, escrito en un tono muy distinto a los demás. Ahí están todas las contradicciones de la religión, su descomposición, la amenaza de las sectas ligadas al narco, la corrupción, la pederastia y la delgada línea que hay entre la religión y el pensamiento mágico.

Es la primera vez que, desde mi adolescencia, regreso al cuento fantástico. Me inicié como escritor de cuentos fantásticos. Nunca los publiqué; eran muy malos. Cuando empecé a publicar cuentos más legibles, ya había abandonado esa temática. Pero aquí he regresado porque hay algo que me llama mucho la atención en



esta guerra contra el narcotráfico que estamos viviendo y es que mucha gente la ve como una confrontación de fuerzas sobrenaturales. Esto sucede con muchos de los que están involucrados en ella, por eso el culto a la Santa Muerte. Mi protagonista es un cura bien intencionado, pero débil y pecador que trata de oponerse a la marea de la corrupción en un pueblo de Michoacán controlado por el crimen organizado. De modo que esta atmósfera que estamos viviendo y que se vive con particular dramatismo en esos lugares está muy presente en el cuento.

Comentabas que este cuento tiene mucho que ver con una novela de Aldous Huxley.

Con *Los demonios de Loudon*, en el sentido del deseo que puede surgir entre gente con olor a santidad cuando aparece de pronto un objeto que concentra la lujuria. En ese sentido sí tiene cierta similitud.

“La corrupción está incrustada en el mapa genético de nuestra raza”, dice el sacerdote en “El converso”.

Lo dice mi personaje; yo no lo suscribiría porque no creo que ninguna raza sea propensa de por sí a la corrup-

ción. La corrupción es resultado de un acondicionamiento histórico-social. Así lo concibe mi personaje, porque finalmente lo está viendo en una lucha entre el bien y el mal, entre divinidades, como es inevitable que lo vea un sacerdote.

¿Cuál es tu postura frente a la religión?

Antes era ateo, por mi formación marxista. Ahora más bien creo que soy agnóstico. He suavizado un poco mi ateísmo porque hay dos cosas que me han hecho presentir la existencia de un ser superior: la inspiración literaria y la manera como surge el deseo.

Tiene algo que ver con lo que pensaba Octavio Paz.

Bueno, sí. Y antes que él, D. H. Lawrence, que también tendía a darle un sentido religioso a la entrega amorosa. Es algo que tiene una gran tradición en la literatura. Recordemos que los místicos empleaban imágenes eróticas y es algo que viene desde el *Cantar de los cantares*.

¿Qué lecturas te han acompañado en tu trayecto como escritor?

En mi faceta como cuentista, han sido los clásicos del cuento cruel: Auguste Villiers de L'Isle Adam, Baudelaire en el *Spleen de París*, Oscar Wilde en algunos de sus cuentos como “El ruiseñor y la rosa”, Machado de Assis que tiene un cuento que me fascina, “La causa secreta”; y ya más recientemente, Rubem Fonseca, Virgilio Piñera, Raymond Carver. Son algunos de los cuentistas que más admiro.

¿Cómo decidir la extensión de un cuento? Es notable la manera como apuntas el final de cada relato.

Tiendo a extenderme. No hago ficciones muy breves, pero siempre tengo más o menos en claro cuál es la evolución que debe tomar la historia. Me extiendo porque me gustan los cuentos que tienen varias vueltas de tuerca y para eso hace falta desarrollar las historias con cierta extensión.

¿Antes de proceder a su escritura, tienes el cuento resuelto en la cabeza?

Algunas veces sí, otras no. Hay veces que resolverlo en la cabeza me ha tardado muchísimo tiempo, por ejemplo, en el caso de “El converso”. Es un cuento que tenía en mente desde hace casi treinta años, pero no pude escribirlo hasta ahora.

La ironía y el humor han sido elementos esenciales en tu narrativa.

Eso permanece todavía en este libro, aunque probablemente sea un humor muy negro y ponzoñoso porque ya tengo cincuenta y cuatro años y la edad lo va

maleando a uno. Puede ser que este libro sea más pesimista que otros, pero de cualquier modo he tratado de deslizar una ironía en el trasfondo de estas historias y el humor siempre tiene una función liberadora.

Por otro lado está el estilo, el ejercicio que hace el escritor a través del lenguaje.

Es lo más apasionante para mí de la escritura: ese trabajo de depuración estilística que en mi caso me ha llevado a desaparecer a través de la narración. Cuando empezaba, en la novela *Uno soñaba que era rey*, quise ser un escritor experimental que intentaba, en un capítulo, hacer una fusión entre el lenguaje de los chavos banda y las metáforas barrocas del Siglo de Oro, un experimento muy arriesgado. De hecho, esa novela luego la tuve que reescribir y en la segunda versión quedó un poco más legible. Ahora he comprendido que la poesía que puede escribir un narrador es una poesía que puede deslizar en sus narraciones sin necesidad de hacerse presente en el texto, porque esto mejora la impresión de vida que uno está buscando dar.

Decía José Emilio Pacheco que, a pesar del cine, la televisión, el Internet, seguimos leyendo ficción porque sigue siendo la mejor posibilidad de situarnos en el otro.

Tiene razón José Emilio, y probablemente eso sea lo que garantice la supervivencia de la novela en el futuro: eso nunca lo va a hacer el cine. Hay muchos que han predicho la muerte de la novela precisamente por esa competencia de los medios audiovisuales, pero nin-

gún otro género puede entrar tan a fondo en el alma de los personajes como la novela.

Es una manera de mirarte en el otro, también te da esa posibilidad la ficción, ¿no crees?

Por supuesto. Además es una oportunidad, como lo decía Quevedo, de conversar con los difuntos, con las mentes más lúcidas de otras épocas y de conocerte a ti mismo en cabeza ajena.

¿Cómo se gestaron estos cuentos? ¿Qué hay detrás de estas ficciones?

Nunca hay ficciones virginales en estado puro. Yo siempre estoy alerta de las conversaciones con amigos, de lo que oigo incluso en los restaurantes, lo que platica la gente que está en la mesa de junto, de las noticias de los periódicos. Después, todo este material uno lo mete en el laboratorio de la imaginación y salen otras cosas diferentes. La materia prima de un escritor siempre es la observación del propio carácter. Uno se inventa un yo potencial y dice: qué pasaría si yo fuera una mujer; qué pasaría si yo fuera una mujer que está casada con un general y qué pasaría si a ese general se le ocurre decirle que se mueran juntos cuando se llevan veinte años de diferencia. Entonces uno le presta a ese personaje muchas cosas de su propio carácter, pero ese personaje ya tiene vida propia y camina solo.

Pongamos como ejemplo el cuento de los homosexuales. ¿Cómo surgió?



Es un cuento que tiene una mezcla de varias cosas. Me recuerda mucho unas anécdotas que me narraba un amigo, un compañero de oficina en Procinemex a quien también le rendí homenaje en *Fruta verde*. Ahí se llama La Chiquis, Pedro. Era un hombre extraordinario —puedo decir cómo se llama, José Luis Mendoza—, con un enorme sentido del humor y este cuento más o menos trata de resucitarlo.

Si vemos este libro en su conjunto, de lo que también nos habla es de nuestra educación sentimental.

De nuestra mala educación sentimental, diría yo. Sobre todo, hay algo que es muy difícil: hasta qué punto se puede ceder y hasta qué punto no se puede ceder dentro de una pareja, en qué momento se llega ya a la desintegración de la personalidad en la que alguien deja de ser uno mismo. Es un tema que ya me venía preocupando desde mi novela anterior, *La sangre erguida*.

El cine y ahora la televisión se han convertido en referentes de varias generaciones, es decir, se han educado senti-

mentalmente con cierto tipo de historias, desde las películas de Pedro Infante y María Félix, hasta las telenovelas.

Mi educación sentimental viene mucho del bolero, sin duda. En eso soy un poco anacrónico porque debería venir del rock o de otros géneros musicales, pero me encanta la estética del bolero, en particular de los boleros prostibularios. Los boleros de Manzanero que son así como de manita sudada los odio; la trova yucateca no me gusta mucho en el bolero. Pero en cambio a Agustín Lara, Álvaro Carrillo, Roberto Cantoral —que es maravilloso— siempre los he disfrutado muchísimo. Pienso que realmente hay un arte de amar en el bolero que corresponde mucho a la realidad, por eso lo he utilizado a veces como motivo simbólico en mis libros, concretamente en *Fruta verde*.

Y sobre la educación sentimental que ofrecen las telenovelas, lo peor de eso es que el melodrama nos lleva a sentir simpatía por las víctimas, a creer que siempre estamos del lado del bien y esto a veces lleva a un peligroso autoengaño, que es el de creer que uno siempre es un compendio de virtudes y que el mal se encuentra fuera de nosotros. Mientras que la literatura más bien debe prevenirnos contra los demonios de la voluntad de poder, de los instintos asesinos que debemos de reprimir para vivir en sociedad.

¿Cómo ves al mundo intelectual de hoy? Se ha comentado en distintas esferas la falta de figuras que animen el debate y la opinión pública.

Incluso los escritores más influyentes en la opinión pública en la actualidad lamentan que ese tipo de intelectual esté en vías de extinción. Lo ha dicho, por ejemplo, Mario Vargas Llosa, uno de los intelectuales más influyentes de América Latina. Él ve que ya no hay figuras como, por ejemplo, Jean-Paul Sartre, que marcaba la ruta a seguir y era un gran líder de opinión.

En lo personal no me aflige que este tipo de intelectuales ya no existan porque nunca me ha simpatizado el intelectual que se convierte en una figura de autoridad moral ni he querido serlo, pero sí lamento mucho que hayan desaparecido escritores de la talla de Octavio Paz. Era un escritor que con su simple presencia, la manera como animaba la polémica, los debates, elevaba el nivel de inteligencia y ese tipo de figuras no han surgido, pero es porque probablemente no se dan en maceta. Si nos ponemos a ver a la generación de los escritores del Siglo de Oro en España, no se ha vuelto a repetir un fenómeno así y quizás estemos ya en un momento en donde hemos perdido a una gran pléyade de escritores y lo que siga sea un periodo de sequía.

Tu siguiente proyecto...

Mi siguiente libro será un ensayo largo, el primero que escribo.

